



“Para mirar y admirar el mundo el hombre utiliza sus cinco sentidos; para comprenderlo, agrega su imaginación, su pensamiento, su intuición, sus recuerdos y sueños; pero cuando se es poeta lo anterior no basta. Se tiene que nacer elegido. Efraín Bartolomé lo demuestra: vocación y oficio”.

Ojo de Jaguar

BAUDELIO CAMARILLO

30

E

n un principio Dios habló, y su Palabra fue dando forma, peso, sustancia, color y brillo a todas las cosas que conforman nuestro universo: las que percibimos con nuestros cinco sentidos y las que percibimos con nuestra intuición y las otras antenas invisibles pero reales de nuestra alma. En un principio el mundo fue formado por la Palabra y sólo puede ser descifrado mediante la palabra.

Y el poeta es el único que puede descifrar el lenguaje con el que Dios se comunica con los hombres. El lenguaje divino que yace en cada una de las cosas creadas y en cada uno de sus actos. Este lenguaje que sólo es recuperable por alguien sintonizado en una frecuencia igual y traducido a todos los hombres que merced a esto son capaces asimismo de percibir esos brevísimos fulgores de la divinidad.

Los pueblos se han congregado desde siempre alrededor de la poesía como alrededor del fuego ritual. Por eso, cuando el hombre pierde contacto con la poesía, pierde el contacto con la palabra de Dios, y como consecuencia, pierde el contacto con las cosas de la naturaleza. Y cuando la poesía ya no es visitada por nadie los templos quedan solos y las sociedades se disuelven. En un momento crítico, de ceguera, las civilizaciones rondan peligrosamente el desastre. Entonces habrá que comenzar de nuevo. Habrá que reedificar nuevamente, piedra sobre piedra y semilla a semilla nuestro universo, y habrá que irlo uniendo por medio de la Poesía para que nos dure otros cuantos miles de años.

Por eso, creo que la misión más alta de la Poesía es, luego de haber creado el mundo, preservarlo, y señalarle al hombre el lugar que ocupa entre todas las especies que habitan el planeta, y enseñarlo a vivir y a convivir con ellas en armonía. Entonces los poetas, más que ningún otro, son o deberían ser los sacerdotes y oficiantes de este culto.

Pero, como en todas las cosas, entre los poetas existen jerarquías. Se entiende que no todos los años nacen poetas con el alma afinada a modo de percibir la palabra tatuada en lo más puro y profundo de los seres y las cosas. Se entiende también que quienes alcanzan ese grado de perfección espiritual y técnica, logran la comunión a través de poesía sólo por mínimos instantes. La exigencia y el precio por ello es altísimo, con la familia, con la sociedad, con la Diosa.

Por eso, cuando aparecen poetas de la índole más alta, seguramente sucederá algo importante para su tierra natal, y eso, en este siglo de globalización

tendrá incluso repercusiones a muy grandes escalas. Nacen entonces libros y obras que están destinados a convertirse en objetos de culto.

Hace 25 años apareció, como ejemplar único en su especie, el libro *Ojo de Jaguar* del poeta Efraín Bartolomé. Su inicio fue saludado con todas las reverencias debidas por los críticos, escritores y poetas más disímbolos, pues pocos libros como ese celebran de manera rotunda y majestuosa el contacto con la naturaleza, con la selva que es lo más desbordante y enigmático de ella. En él la exuberancia selvática se ha convertido en exuberancia verbal, y la sonoridad y plasticidad de sus imágenes envuelven al lector hasta devolverle a su antigua y limpia mirada anterior y posterior a todo, aquella mirada del hombre que, asombrado, mira las cosas por primera vez o aquella mirada del que, conmovido, las ve por la vez última.

Efraín Bartolomé, como pocos poetas, celebra con sus cantos la creación: lo que estuvo antes y desearíamos que estuviera después de nosotros, las dos partes que se unen para lograr la aparición y continuidad de la vida en la tierra: lo femenino creador y el impulso vital generador. La cualidad mayor de este libro es la emoción que genera. En *Ojo de jaguar* la emoción es el fuego que congrega.

En las mitologías del mundo antiguo, los únicos seres que tenían el derecho de renacer eran los reyes, los héroes y los poetas. Quisiera creer que hay cierta clase de hombres que pudiera incluso escoger el lugar para nacer y vivir. De ser así, pudiera comprender por qué Efraín Bartolomé nació y creció en la selva: porque el santuario de nuestros ancestros amenaza ser destruido y urgía una voz que alertara, que tocando el corazón del hombre, lograra conmovirlo y lo hiciera sentirse avergonzado del proceder de nuestra especie. Pienso que si el mundo fue construido por la Poesía, sólo puede ser salvado y preservado por Ella. Ninguna otra expresión del hombre tiene tanto poder para amalgamar, para unir espíritus y conciencias.

Cada poema de *Ojo de jaguar* es resultado de la experiencia vital y de la concentración y precisión rigurosísima del lenguaje. Resulta así una imagen precisa y nítida manifiesta desde el primer poema:

*Mi mano habría de ser una negra tarántula
escribiendo
mil monos en manada serían mi pecho alegre
un ojo de jaguar daría de pronto certero con
la imagen...*

pero el poeta, aunque ocupa un lugar altísimo dentro de su especie, es sólo un ser humano y duda por un instante de su empresa enorme:

*para qué hablar entonces...
que se ahogue este asombro hasta volverse
tierra*

Sin embargo prosigue. Su destino es ineludible, lo sabe. Prosigue porque su corazón, lleno de selva y vitalidad y savia le estalla a intervalos brevísimos dejando las páginas fulgurantes de luces y colores y formas. El tiempo adquiere entonces la sinuosidad de una serpiente que maravilla y aterra con su imagen de luz

*La palabra
enrosca su cuerpo
en el tallo del alba*

y su imagen de sombra

*en el polen más denso de la noche
el silencio se enrosca
como una serpiente.*

Es de nuevo la imagen de Eurínome y el Viento en la danza original del cosmos.

El título mismo del libro, *Ojo de jaguar*, remite al lector a ese territorio mágico que posee, al igual que todas las cosas de este mundo un haz y un envés. Por un lado la conciencia y la luz, por el otro el misterio y la oscuridad; por un lado la fiesta de colores, formas y sonidos, por el otro la noche, el sigilo, el silencio, el miedo; por un lado la casa paterna, la familia, la felicidad cotidiana, por el otro el sufrimiento, la gente pobre, la amargura. Y de trecho en trecho, aquí y más allá, el ruido del agua, el eterno fluir del agua, el destellar del agua bajo la mirada de los grandes dioses. Primero en forma de lluvia, luego con un ligero asomo de melancolía, de ensueño en la memoria de don Juan Ballinas, después como un caudal ingente, desatado y febril que, dure lo que dure, resulta siempre momentáneo, fugaz.

Para mirar y admirar el mundo el hombre utiliza sus cinco sentidos; para comprenderlo, agrega su imaginación, su pensamiento, su intuición, sus recuerdos y sueños; pero cuando se es poeta lo anterior no basta. Se tiene que nacer elegido. Efraín Bartolomé lo demuestra: vocación y oficio. La musicalidad y cadencia del verso aprendidas en el estudio atento de los clásicos

cos y la gran capacidad de configuración verbal confieren a los poemas de *Ojo de Jaguar* una gran emotividad que convierte el libro en un presente vivo y palpitante.

Leyendo este libro somos por un momento el jaguar que observa con sus ojos puros y llameantes desde la espesura, tal vez desde el fondo penumbroso de nosotros mismos. El jaguar, la figura más hermosa y sensible, numinosa y terrible de ese alabado territorio, imagen perfecta para nombrar también el corazón del hombre.

Efraín Bartolomé ha emprendido a través de su poesía un rescate de la selva como territorio sagrado. Un extenso poema como es *Ala del sur* muestra el poder del fuego para consumir, para devastar lo creado con tanto esmero y paciencia. Ahí el poeta se hace presente en medio de las llamas y refiere, desde el centro mismo del fuego, la magnitud del desastre. Y sin embargo, hay en este poema una gran humildad y resignación ante los designios de la Diosa:

Ala del sur: herida ala sombría

...
ala de la agonía
ala que ya no vuela
ala rota
ala mía.

El ala que sostenía una parte de su vuelo poético ha sido devastada, mas el destino es aceptado sin reproche, como el Ave Fénix renacerá de sus cenizas, pues la Diosa destruye sólo para revivificar. En cambio, la acción destructiva emprendida por el ser humano y su justificación en nombre de un falso “progreso” merecerán la más enérgica de las condenas por parte del poeta.

En esta última edición de *Ojo de jaguar* se agregan tres poemas sobre visiones nocturnas en donde el misterio y el horror juegan un papel primordial. El horror cumple una función importantísima en la preservación de los misterios sagrados del hombre. El horror nos ordena. Las grandes verdades místicas se han mantenido siempre al amparo de intromisiones sacrílegas y para ello han creado a través de los tiempos gorgonas, esfinges, brujas e innumerables legiones de espíritus y seres terroríficos. Muy pocos son los elegidos para verlos de cerca o para adentrarse en esos arcanos. Muy pocos logran vencer la mano terrible del escalofrío y la locura. Y quienes tengan el valor y la fortuna de llegar hasta ellos, será sólo para continuar preservando su secreto.

De esto habla Efraín Bartolomé en la sección que lleva por título *Lengua nocturna*. Aquí el poeta acude a entidades que emergen de lo más profundo y oscuro de la selva como de lo

más profundo y oscuro del inconciente colectivo del hombre. No por no ser presencias tangibles dejan de ser reales. No entidades físicas sino psicológicas pero que *existen*.

*Yo tenía nueve años y entonces
aunque quise no lo pude escribir
pero de que lo vi: lo vi.*

Este es, en *Ojo de Jaguar* uno de los últimos esfuerzos del poeta por la preservación de los territorios de la Diosa: convocar a estos seres para cercar, para proteger mágicamente el paraíso que amenaza ser destruido. De algún modo estamos en esta lucha hombres y entidades superiores, como hace tres mil años cuando descendieron los dioses a la tierra para participar en la epopeya homérica. Hecho este último esfuerzo, terminado esto, todo lo que viene después será cantar la historia.

Es tanto lo que se ha dicho sobre el libro *Ojo de jaguar* y sobre su autor que prácticamente no queda veta alguna por explorar.

A 25 años de su primera publicación en las memorables ediciones de *Punto de Partida*, vemos con emoción y admiración cómo al árbol le han brotado nuevas hojas y ramas. *Ojo de jaguar* es un libro de enormes y profundas raíces: si acudimos a él en primavera, lo más seguro es que lo encontremos lleno de flores y visitado por abejas, mariposas, y organismos amantes del polen y del néctar. Si acudimos a él en otoño, lo más probable es que lo encontremos cargado de frutos dorados y nutricios. Con suerte podremos volver a nuestra realidad cotidiana con un poco más de ese alimento que en el agobio extremo de rodar nuestra pesada roca cuesta arriba, nos ayudará a resistir.